

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

ORTEGA Y GASSET, J.: *El espectador I-VIII*

Madrid, Alianza, 2016-2017, Vols. I-IV, (1203 páginas)



José Ortega y Gasset nace en 1883 y muere en 1955. Puesto que empieza a publicar en 1902, y no dejará de hacerlo hasta el mismo año de su fallecimiento, su obra abarcará, literalmente, la primera mitad del siglo XX.⁹⁶⁴ De toda ella he seleccionado *El Espectador*, un proyecto de revista unipersonal que Ortega programó en 1916 como una publicación bimestral, aunque, finalmente, tuvo que contentarse con ofrecérsela a sus lectores en ocho volúmenes durante los años 1916, 1917, 1921, 1925, 1927, 1929 y 1934.⁹⁶⁵ Sin embargo, la mayor parte de los escritos que los componen fueron publicados previamente, desde 1917, en el diario *El Sol*, donde Ortega escribía con asiduidad, así como en la rotativa bonaerense *La Nación*, desde que nuestro filósofo quedara, para siempre ya, ligado a la Argentina desde su primer viaje en 1916. Así nos lo recuerda expresamente en sus “Palabras a los suscritores” de la segunda entrega, en 1917: “Dentro del reducido círculo de atención a que mi obra aspira, puedo afirmar que buena parte de mis lectores preferidos están en Buenos Aires. Mi viaje ha retrasado la publicación de este segundo tomo; pero, en cambio, me es lícito decir al sacarlo a luz, hinchando un tanto la voz: –En las páginas de *El Espectador* no se pone el sol” (II, 267). En sus páginas encontramos, pues, no una obra concreta, aislada o circunstancial de Ortega, sino, más bien, toda una trayectoria filosófica que abarca, nada menos, que tres décadas de producción filosófica. Pero, además de la dimensión cuantitativa, *El Espectador* nos muestra, sobre todo, la cara más íntima y cercana de nuestro filósofo, ofreciéndonos allí, a mi juicio, algunas de las páginas más frescas, geniales y originales de toda su obra. Cada uno de los breves escritos que lo componen se nos ofrece como un

⁹⁶⁴ Para una exposición general de la obra de nuestro filósofo, así como de los principales estudios sobre ella, me permito remitir al lector interesado a mi escrito “José Ortega y Gasset (1883-1955): la obra y sus intérpretes”, contenido en este mismo número de *La Albolafia*.

⁹⁶⁵ Actualmente están recogidos en el tomo II de las nuevas *Obras completas* editadas en 10 volúmenes y publicadas entre 2004-2010 por la Fundación José Ortega y Gasset y la Editorial Taurus. También han sido recientemente publicados, en 2016, en la colección “El libro de bolsillo” de Alianza editorial en cuatro volúmenes, conteniendo cada uno de ellos dos tomos de *El Espectador*. En lo que sigue, como es habitual, citaré las referencias por la edición de las *Obras completas* indicando el volumen en números romanos y las páginas en arábigos.

fehaciente ejemplar de la bellísima y brillante escritura orteguiana, pero, sobre todo, nos muestran al filósofo en estado puro, pensando en acto, en vivo y en directo, si se me permiten tales expresiones, de modo que, por momentos, el lector se encuentra inmerso en un torrente de ideas e intuiciones que, lejos de conducirnos a la dispersión, nos releva, como nos dirá en “Muerte y resurrección” (II, 283-288) refiriéndose a San Mauricio y a nuestro Don Juan, una “secreta afinidad, que bien merecía ser meditada”. Merece la pena, pues, reproducir aquí las primeras palabras que Ortega dirige a los suscriptores de la entrega inicial de *El Espectador*, en 1916, pues nadie mejor que él podría resumir y expresar lo que nosotros, lectores ya del siglo XXI, encontraremos en estos escritos: “gratitud exquisita debo a las personas que presurosas enviaron su simpatía al proyecto de *El Espectador*. A ellas dedico ahora la realización. Debe el lector entrar en la lectura sin altas esperanzas. Yo no sé hasta cuándo ni en qué grado de plenitud podré llevar adelante el empeño. El tiempo, tan *galantuomo*, se encargará de decírnoslo a los lectores y a mí. En tanto, como escribe Montaigne, *allons conformément, et tout d'un train mon livre et moi*. Habrá números que padezcan aridez mental. El escritor pasa, a lo mejor, por zonas espirituales donde no brota una idea. A veces, dura meses la estéril situación. Durante ellas el lector habrá de contentarse con un ‘espectador’ que lee, extracta y copia. Otros números llevarán un trozo de mi alma. Pues me interesa, sobre todo, advertir que no es mi intención hacer cosa que se parezca a una ‘revista’. Es una obra íntima para lectores de intimidad, que no aspira ni desea el ‘gran público’, que debería, en rigor, aparecer manuscrita. En estas páginas, ideas, teorías y comentarios se presentan con el carácter de peripecias y aventuras personales del autor” (II, 155).

Con todo, y a pesar de lo dicho, no debemos dejarnos engañar, pues, en primer lugar, en *El Espectador* encontramos ensayos estricta y rigurosamente filosóficos, de gran calado y complejidad algunos de ellos, como enseguida comentaremos, de modo que, como sucede siempre con Ortega, la claridad y la metáfora esconden un profundo y complejo armazón teórico y conceptual que no es fácilmente apresable a primera vista. Y, en segundo lugar, y por más que sea cierto que estamos ante “una obra íntima para lectores de intimidad, que no aspira ni desea el «gran público»”, ya sabemos que la mayor parte de los escritos que la componen fueron publicados en rotativas de gran tirada nacional e internacional, como eran *El Sol* y *La Nación*, de modo que, quizás a pesar de nuestro filósofo, tampoco su proyecto más íntimo y personal pudo esquivar al «gran público». Pasemos, pues, a comentar someramente algunos de estos escritos, con la intención, no de resumir o sintetizar, sino de incitar e invitar al lector interesado a sumergirse y convertirse él mismo en parte de ese proyecto que sigue siendo *El Espectador*.

El ensayo que inaugura el primer volumen, “Verdad y perspectiva” (II, 159-164), es ya toda una declaración de intenciones, pues en él nos exige Ortega que nos reservemos “un trozo de alma antipolítico”, puesto que la política representa para nuestro filósofo el “pensar utilitario” y “el imperio de la mentira” (II, 160-161). Pocas críticas tan mordaces –y en tan pocas páginas– se han realizado en el siglo XX a la política y al “pensamiento político”. Y no menos importante es la siguiente reivindicación orteguiana contenida en ese mismo ensayo: “El punto de vista individual me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo en su verdad. Otra cosa es un artificio” (II, 162). Igualmente, programático resulta el ensayo inmediatamente posterior, “Nada moderno y muy siglo XX” (II, 165-167), en el que el título lo dice todo. También en este primer volumen encontramos dos textos muy importantes de la estética orteguiana, “Estética en el tranvía” (II, 176-182) y “Tres cuadros del vino” (I, 192-199), donde Ortega aplica a este ámbito los recursos fenomenológicos que, sintéticamente, expone en otro texto clave, “Conciencia, objeto y las tres distancias de éste” (II, 203-208). Este primer volumen se completa, así, con un extenso estudio titulado “Ideas sobre Pío Baroja” (II, 211-242), donde se nos ofrece, por ejemplo,

la importante teoría orteguiana del “fondo insobornable” o algunas intuiciones clave sobre su “teoría de la felicidad”.

El segundo volumen, de 1917, arranca también con una feroz crítica a la política, en este caso a la “Democracia morbosa” (II, 271-280), pues, para nuestro filósofo, “La democracia, como democracia, es decir, estricta y exclusivamente como norma del derecho político, parece una cosa óptima. Pero la democracia exasperada y fuera de sí, la democracia en religión o en arte, la democracia en el pensamiento y en el gesto, la democracia en el corazón y en la costumbre es el más peligroso morbo que puede padecer una sociedad” (II, 271). Pocas aclaraciones exigen estas rotundas palabras –tan actuales, por lo demás. “Para la cultura del amor” (II, 276-280) se titula, precisamente, el siguiente ensayo, en el que Ortega retoma el tema del *Adolfo*, comentando el libro de Benjamin Constant, al que ya le había dedicado un breve ensayo en el primer volumen (II, 168-171), temática que, como es sabido, desarrollará en sus famosos *Estudios sobre el amor* (V, 455-526). Junto a ellos encontramos también el importante ensayo sobre “El genio de la guerra y la guerra alemana” (II, 323-353), donde Ortega, comentando y confrontando –muy– críticamente las tesis de Max Scheler al respecto, sintetiza su posición ante esta problemática.

Del tercer volumen de *El Espectador* (1921) cabe destacar, por ejemplo, el ensayo “Musicalia” (II, 365-374), donde Ortega expone algunas importantes ideas de su estética, así como su “Meditación del marco” (II, 431-436), un auténtico ejemplo de análisis fenomenológico aplicado al ámbito estético. Pero, sobre todo, sobresale el escrito titulado “El Quijote en la escuela” (II, 401-430), donde nos ofrece una síntesis de algunas de sus ideas filosóficas directrices desarrolladas hasta la fecha, destacando, por ejemplo, la distinción entre “vida ascendente y decadente” al hilo de su filosofía de la cultura y de la pedagogía.

El cuarto volumen, de 1925, contiene algunos de los ensayos más importantes y sugestivos de la ética orteguiana, tales como “Carta a un joven argentino que estudia filosofía” (II, 467-472), “No ser hombre ejemplar” (II, 475-479) o “Conversación en el golf o la idea del dharma” (II, 521-528), donde se expone nítidamente su concepto de “vocación”, así como el papel nuclear que juega la “magnanimidad” en sus ideas morales. Otro texto decisivo es el titulado “Las dos grandes metáforas (en el segundo centenario del nacimiento de Kant)” (II, 505-518), donde nos muestra las deficiencias que, a su juicio, presentan los dos grandes paradigmas filosóficos tradicionales –el realismo y el idealismo–, por lo que Ortega busca una vía alternativa adhiriéndose al paradigma fenomenológico como síntesis y superación de los mismos.

Respecto al quinto volumen, de 1927, los tres escritos que lo componen resultan, sencillamente, *fundamentales*. El primero, titulado “Notas del vago estío” (II, 531-565), sintetiza, por ejemplo, la concepción orteguiana del “liberalismo” y de la “democracia”, así como la relación –antagónica– entre ambos; el segundo, “Vitalidad, alma, espíritu” (II, 566-592), nos ofrece la primera exposición sistemática de la “antropología filosófica” orteguiana, así como algunas ideas fundamentales sobre las nociones de “carne” e “intracuerpo”, claves en esta temática; y el tercero, “Fraseología y sinceridad” (II, 593-602), esboza una finísima crítica del “cinismo triunfante” del siglo XX.

En el sexto volumen, igualmente de 1927, también encontramos algunos textos decisivos, como “Dios a la vista” (II, 605-607), de los pocos donde Ortega aborda expresa y directamente esta temática; “Sobre el fascismo” (II, 608-615), una mordaz y profunda crítica del mismo; “Destinos diferentes” (II, 616-618), importante, sobre todo, porque en él formula y expone por primera vez el concepto de “ethos”, tan influyente en la interpretación generalizada de su ética; y, sobre todo, su emblemática “Meditación del Escorial” (II, 658-664), donde Ortega nos ofrece su “Tratado del esfuerzo puro”, sintetizando allí una de las intuiciones clave de su filosofía y, especialmente, de su ética. Merece la pena recordar estas profundas líneas, en las que Ortega sintetiza la idea central de su ensayo: “Mas ¿adón-

de puede llevar el esfuerzo puro? A ninguna parte; mejor dicho, sólo a una: a la melancolía. Cervantes compuso en su *Quijote* la crítica del esfuerzo puro” (II, 664).

El séptimo volumen, de 1929, en no menor medida que los anteriores, también contiene ensayos *fundamentales*, como “Hegel y América” (II, 667-690), síntesis de la filosofía de la historia de Ortega, al hilo de su comentario a la traducción española de la *Filosofía de la Historia Universal* de Hegel; “Sobre la expresión, fenómeno cósmico” (II, 680-696), escrito que completa y debe leerse junto al ya citado “Vitalidad, alma espíritu”; e igualmente decisivo resulta el ensayo famoso sobre “El origen deportivo del Estado” (II, 705-709), así como los dos textos titulados “El silencio, gran brahmán” (II, 720-727) y “El hombre a la defensiva” (II, 735-756), donde Ortega profundiza en algunas ideas clave de su ética, como las ya citadas, relacionándolas, por ejemplo, con la importante temática de las profesiones: “hay una vieja noción que es preciso rehabilitar, dándole un lugar más importante que nunca ha tenido: es la idea de vocación. No hay vida sin vocación, sin llamada íntima. La vocación procede del resorte vital, y de ella nace, a su vez, aquel proyecto de sí misma, que en todo instante es nuestra vida. A veces la vocación del individuo coincide con las formas de vida, que se denominan según los oficios o profesiones” (II, 748).

Finalmente, refiriéndonos ya al octavo tomo, de 1934, podemos destacar, por ejemplo, el ensayo “Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust” (II, 790-798), publicado originalmente en enero de 1923 en el número que la prestigiosa revista *Nouvelle Revue Française* dedicó a Proust. Igualmente interesantes resultan las reflexiones esbozadas en el texto sobre los “Egipcios” (II, 799-806), pero, sobre todo, destacaría el ensayo “Revés del almanaque” (II, 807-827), donde, acudiendo al estilo aforístico, Ortega nos brinda, una vez más, una muestra de lo que antes he llamado “torrente de ideas e intuiciones”, aparentemente inconexas, pero que, pacientemente meditadas, nos revelan su “secreta afinidad”. Todo ello queda reunido en estos ocho volúmenes de *El Espectador*, de modo que estamos ante uno de los proyectos más ambiciosos, al tiempo que íntimos y personales, de nuestro filósofo, donde se nos muestra, como dije al inicio, al Ortega más lúcido, fresco e ingenioso, al literato y al filósofo, al menos “político”, pero, a la vez, al más mordaz crítico de “la política”; encontramos en estas páginas, en definitiva, a José Ortega y Gasset, *El Espectador*.

Lcdo. Noé Expósito Roperero

Beneficiario del Programa de Formación de Profesorado Universitario (FPU) – Universidad Nacional de Educación a Distancia